

EL DEBATE MEDICO,

PERIODICO

DEDICADO A LA PROPAGACION Y DEFENSA DE LA DOCTRINA HOMEOPATICA,

Y AL SOSTENIMIENTO DE LOS INTERESES MATERIALES Y MORALES DE LAS CLASES MEDICAS.

Se publica los dias 15 y 31 de cada mes, y se suscribe en Madrid en la Redaccion, establecida en la calle de Carmen, núm. 22, cuarto segundo de la izquierda; en las Boticas homeopáticas de los Sres. Carrion, calle de la Abada; Juana, calle del Leon, y Blesa, calle de la Visitacion, y en las Librerías de Moro, en la Puerta del Sol, y Baylli-Bailliere, en la del Principe. En Provincias, Ultramar y Estrangero, ademas de los puntos indicados en el prospecto, bastará dirigirse en carta franca, para todo lo relativo al periódico, á D. Pio Hernandez Espeso en la casa-redaccion ya referida. El precio de suscripcion es de 20 rs. por semestres y 56 al año en Madrid; 22 y 40 en Provincias. En Ultramar y Estrangero 60 al año.

Año I.

Madrid 15 de Diciembre de 1861.

Núm. 28.

LA FILOSOFÍA Y EL MÉTODO ESPERIMENTAL.

EN SUS RELACIONES CON LA HOMEOPATIA

En *El Siglo Médico*, correspondiente al 24 del mes próximo pasado, vuelve el Sr. Nieto á ocuparse de la Homeopatía, con motivo de la contestacion que sobre su primer artículo relativo á *quién ha de matar á la Homeopatía*, publicamos en el número 21 de nuestro periódico. Sentimos que tareas literarias mas importantes para la doctrina (sin contar los trabajos indispensables para sostener el periódico) absorban de tal manera los pocos ratos libres que nos deja la práctica, no nos permita dedicar todos nuestros esfuerzos á dilucidar tan estensamente como deseáramos, una cuestion que facilmente puede ser de las mas interesantes que se han agitado en el periodismo médico, respecto á la validez de la escuela hahnemanniana. Esto no obstante, procuraremos ser tan explicitos como sea posible, á fin de llegar á una honrosa inteligencia con el tan laborioso como instruido adversario señor Nieto.

Si desgraciadamente no mereciesen á dicho señor una justa aprobacion, las consideraciones médico-filosóficas que vamos á esponer, no será ciertamente porque nos falte el buen deseo y la mas decidida voluntad, sino porque la índole y carácter de los principios médicos que ambos profesamos, no permitan una verdadera conciliacion y una armonía tan completa como algunos acomodaticios reclaman. Entremos, pues, en el asunto.

No he negado yo, señor Nieto, que la Homeopatía carezca de conexión alguna con el panteísmo alemán, lo que he negado y repito, no porque me plazca, sino porque así lo creo, es que no es panteísta, y como entre no ser esto y carecer de con-

sion alguna hay gran diferencia, no existe en mí arbitrariedad ni inconsecuencia alguna. Dice el señor Nieto que me he guardado bien de dar á la Homeopatía un origen filosófico, y tiene muchísima razon, porque aun se pasará largo tiempo antes de que se pronuncie la última palabra sobre este punto. Lo diré bien claro: es en extremo difícil asignar un origen filosófico á la Homeopatía; y abrigo la conviccion de que Hahnemann no asentó las bases de su doctrina médica, fundado previamente en una escuela filosófica dada, resultando, que en vez de discutirse sobre el origen filosófico de la Homeopatía, lo mas prudente y racional es, averiguar á qué sistema filosófico pertenece por la tendencia y carácter de sus principios.

No crea el Sr. Nieto que al espresarme de esta manera, es con el objeto de evadirme de la cuestion y librarme de un compromiso, no, pues además de que me gustan las situaciones claras y despejadas, juzgo que es una verdad, que procuraré presentarla con la claridad necesaria, á fin de que se esclarezca el punto mas esencial de esta discusion.

Cuatro son hasta ahora, que yo sepa, las escuelas filosóficas á las que se cree corresponde la Homeopatía. Al panteísmo por el Sr. Nieto; al sensualismo por el Dr. Mata; al socratismo, y al eclecticismo moderno, por algunos homeópatas. Ya ve pues, el Sr. Nieto, que antes de combatir á la nueva doctrina por el origen filosófico que ha querido darla, se le presenta ancho campo de lucir sus grandes conocimientos filosóficos, para persuadir á homeópatas y alópatas de que la razon filosófica que él asigna á la doctrina homeopática, es la mas verdadera y legitima. Esta disparidad de opiniones, acerca del carácter filosófico de la Homeopatía, debe parar la atencion del Sr. Nieto, á fin

de comprender cuán natural es mi reserva para no proceder de ligero en emitir una opinión que no podría llevar el sello de autoridad que á fuer de filósofo quiero tener el Sr. Nieto en medicina homeopática.

Me contentaré, pues, con aducir algunas razones mas en corroboracion de que la Homeopatía no es panteísta, y con indicar tan solo, no el origen filosófico, sino el sistema con el que me parece tiene mas afinidad, mas conexión.

De los cuatro grandes sistemas filosóficos que se desarrollaron en el siglo XVIII, el último, ó sea el Schelling, es el que lleva el nombre de doctrina de la identidad absoluta. Este erudito pensador alemán, nació veinte años despues de Hahnemann, y escribió su primera obra con algunos años de posterioridad al en que Hahnemann se habia ya dedicado á la esperimentacion pura, y publicado sus primeros trabajos homeopáticos en el diario de Hufeland. En ninguna de sus obras se halla un pasaje, al menos que yo recuerde, consagrado á mencionar siquiera al espositor de la identidad absoluta, solo se observa la idea dominante de combatir el materialismo médico de su tiempo, sin referirse siquiera al espíritu filosófico de que aquel partiera. Conste, pues, la prioridad de la medicina homeopática, al sistema de la identidad absoluta, que es el, que el Sr. Nieto quiere dar como origen de la doctrina de los semejantes.

Pero como este dato histórico y bibliográfico, no es suficiente por sí solo á resolver si la Homeopatía por el carácter y tendencia de sus principios corresponde ó no á la doctrina filosófica de la identidad absoluta, trataré de establecer un diagnóstico diferencial entre ambas escuelas filosófica y médica, y por esclusión se verá palpablemente el error de que ha partido el Sr. Nieto, y la utopia en que se ha fundado para pronosticar la muerte de la Homeopatía

La enfermedad para Hahnemann, lejos de tender como idea á la unidad, á la identidad, por supuesto relativa; y lo advierto, para evitar al señor Nieto una nueva ocasion de que se presente como dómimo impertinente, que tan mal sienta al verdadero saber, es al contrario, pues descendiendo tanto al detalle, á la individualidad, que se espresó diciendo, que realmente no habia enfermedades, sino enfermos, es decir, que en vez de unir, confundir y tender á identificar, dividia, particularizaba de tal manera, que cada enfermedad ofrecia para él un grupo sintomático tan distinto, que solo era él y no otro.

Otro tanto sucede con el medicamento, pues lejos de aproximarse siquiera á ser susceptible de esas arbitrarias clasificaciones, en cada medicamento ve un modificador especial, con caracteres

y circunstancias que le separan completamente de los demás. En la fórmula terapéutica para la aplicación de los agentes curativos de los medicamentos, lejos de indicar el *similia similibus* una síntesis unitaria y de tendencia á la identidad, no es mas realmente que la espresion genuina de un procedimiento práctico, que exige para su conveniente realizacion el mas minucioso detalle, la individualizacion mas completa posible de la diferencia de las semejanzas, y de la semejanza de las diferencias, entre los cuadros sintomáticos de las enfermedades naturales, y los grupos patogénicos de los medicamentos.

El mismo dinamismo de Hahnemann, no es como se pretende un concepto puramente ideal y abstracto, sino un hecho de apreciación, una deducción legitima del modo de comportarse el medicamento en el organismo, en el desarrollo de la enfermedad, en la manifestacion en fin, de la vida, y la mútua relacion y dependencia de los aparatos orgánicos que la sirven de instrumentos.

El dinamismo vital en sus tres conceptos, fisiológico patológico y terapéutico, mas bien que una afirmación rotunda, una demostración, es una negación lógica del materialismo médico, negación que induce á la convicción ó á la admisión por lo menos de una fuerza que dirija y sostenga al ser vivo, sano ó enfermo.

El carácter que de la doctrina homeopática acabo de bosquejar, es el que resulta de las obras de su fundador, para cuya recta inteligencia se necesita mucho mas que un curioso entretenimiento de imaginación, se necesita familiarizarse con Hahnemann y sus fieles continuadores, mediante un estudio constante y detenido; se necesita, por último, un año tras otro de aplicación práctica y de esmerada observación.

El no haber procedido así el instruido Sr. Nieto, le ha inducido á lanzarse con impremeditación á pronosticar la muerte de la Homeopatía por creerla fundada en un sistema filosófico con el que no tiene relacion alguna en su espresion mas genérica y característica.

Si pues la medicina homeopática es bien distinta por sus principios de la doctrina de la identidad absoluta; si no puede aceptar que la variedad sea puramente fenomenal, puesto que la considera como real y necesariamente esencial; si lejos de estar representada la ciencia y práctica homeopáticas en la síntesis *unidad*, apela á la *análisis* mas estremada, como condicion indispensable; si en fin, rechaza el verdadero carácter y tendencias panteístas y de la identidad absoluta, ¿cómo es posible considerarla como el origen filosófico? Si fuera admisible que Hahnemann hubiera tenido delante los mejores modelos desde Kantz hasta Schelling en la confeccion

de su doctrina médica, mas que para imitarlos y hacer de ellos una aplicación directa, hubiera sido para protestar contra ellos, para hacer mas patente lo absurdo de tal intento.

Siento infinito no poder hoy entrar en algunas consideraciones sobre la doctrina filosófica mas en armonía con la Homeopatía, pero consignaré porque así lo he prometido, mi débil é insignificante parecer sin pretensiones de ninguna especie, y tan solo por no dar lugar á creer que mi silencio emane de un vicio insuperable de la doctrina que profeso y practico.

Siendo la homeopatía eminentemente práctica, práctica debe ser tambien la razon filosófica preferible, inclinándose mas á la solución de... COMO DEBO OBRAR que á la de... QUE DEBO SABER. En las dos tendencias contradictorias manifestadas en esta época moderna, una hacia el empirismo, y la otra al racionalismo; si bien cultiva con mayor cuidado la primera, se subordina á las dos de tal manera; armoniza hasta tal punto los métodos inductivo y deductivo, el *a priori* y *a posteriori*, la análisis y la síntesis, el *yo* y el *no-yo*, que indudablemente es *Eclectica*.

Tenga el Sr. Nieto un poco de paciencia; y no olvide que EL DEBATE MEDICO, en la misión de que se ha encargado, se ha impuesto deberes que quiere cumplir, y que siendo muy escaso el número de sus redactores, no pueden estos dedicarse con la constancia que desean á satisfacer á sus adversarios en asuntos que, aunque importantes, son sin embargo incidentales, respecto al objeto que se han propuesto.

Celebraré infinito que mi trabajo tranquilice al Sr. Nieto; respecto á su protesta, hasta el día al menos; (1) que pueda consagrarme á probarle, lo que ahora solo me es dable indicar. Mas si á pesar de mi buen deseo, creyese deber insistir en su propósito de no volverse á ocupar de mis argumentos, ni suplico ni me retiro; procuraré sostener decorosa y dignamente mi posición.

HERNANDEZ.

DOS PALABRAS MAS AL SIGLO MEDICO.

En el número del día 8, publica nuestro colega el suelto que en el último número de EL DEBATE llevaba por epigrafe *candidez*, y con la intención que le caracteriza, confunde la cuestión científica y la de moralidad de todos los homeópatas, que el que menos tiene tanta como los redactores y directores de *El Siglo Médico*, con los actos de uno, que EL DEBATE es el primero en censurar: y se aprovecha de una manera baladí, de la circunstancia en que nosotros, cumpliendo con el deber que nos impusimos al venir al estadio de la prensa, que es condenar todo lo que no está conforme con los preceptos que la sana moral médica exige á todo profesor, aprovechándose de esta circunstancia, repeli-

(1) En uno de los primeros números del próximo año, me dedicaré á esta cuestión.

mos, pretende envolver en su frívola censura á la ciencia y á los que la practican.

Mas valiera que *El Siglo Médico* cumplierse mejor con el lema que le sirve de escudo, y censurara en su grey, lo que nosotros, que tenemos la fortuna de no pertenecer á ella, hemos hecho poco tiempo há con algunos de sus altos conmitones.

Basta con esto.

CONSECUENCIAS LÓGICAS

DE UN ARRANQUE DE ERUDICION CRÍTICA DEL DR. BENAVENTE CONTRA LOS MÉDICOS HOMEÓPATAS, TITULADO:

Del valor de los hechos en que se apoyan todos los métodos terapéuticos exclusivos.

Pasatiempo apologetico del Dr. D. Joaquin de Hysern, medico homeópata.

(Continuacion.)

ELLOS Y NOSOTROS,

ALÓPATAS Y HOMEÓPATAS,

EN EL MINISTERIO DE LA SALUD DEL PUEBLO.

Desengañaos vosotros, jóvenes entusiastas, á quienes deslumbra y fascina todavía la supersticiosa veneración de la autoridad, y el prestigio que ejercieran en vuestro espíritu los que os condujeron por senderos oscuros y peligrosos á las estériles alturas de la ciencia médica de nuestros antepasados: la medicina que nosotros abrazamos y ejercemos lleva tales y tantas ventajas á la que os enseñaron ellos y os inculcaron; que ningun hombre de buen sentido y de mediano criterio, no siendo médico alópata, puede ya ponerlas en duda, ignorarlas ó desconocerlas.

Nosotros, siguiendo la via saludable, abierta y franca de la Homeopatía, curamos en dos, en tres, en cuatro, ó en cinco dias por lo general, y en la práctica particular ó domiciliaria, las pulmonías verdaderas, legítimas y no complicadas, segun que empezamos la asistencia al primer dia, ó en los inmediatos; aun á veces las hacemos abortar en menos de veinticuatro horas durante el primer grado ó el principio del segundo; y en los hospitales bien acondicionados, en cuatro, seis ú ocho hasta nueve dias, en la mayoría de los casos; diferencia que depende principalmente de que los enfermos suelen retardar demasiado el buscar sus auxilios en estos asilos de la beneficencia pública.

Pero ni en la una ni en la otra práctica perdemos más que uno que otro raro enfermo, que reclama nuestra asistencia en sus últimas horas, ó cuando más en sus dias últimos, ó que tiene por su desgracia una constitucion profundamente deteriorada. (1)

(1) Consta de las tablas auténticas publicadas por el Dr. Tessier en París, que de treinta y ocho enfermos de pulmonía en grados varios, que asistió en su clinica homeopática pública del hospital de Santa Margarita de aquella capital, solo murió uno, y este de tisis aguda; y si bien otro falleció tambien á los veinticinco dias de haberse curado de la pulmonía, fué de otra enfermedad distinta; y en el pulmon no se encontró rastro alguno de la primera.

La duración del tratamiento terapéutico de estos pulmoníacos fué de cuatro dias en seis enfermos, de cinco en ocho, de seis en uno, de siete en dos, de ocho en siete, de nueve en cuatro, de diez en dos, de doce en uno, de trece en tres, y de veinte en tres; de suerte que vino á ser de cuatro á nueve dias en veintiocho enfermos, y de cuatro á cinco en catorce, ó sea en la mitad de estos veintiocho.

Ellos, vagando por los variables, diversos y aun contrarios derroteros de esa medicina que se empeñan en llamar racional, y que nosotros llamamos alopática, dejan morir á un gran número, apresuran la muerte de otros varios, y necesitan siete, once, catorce, veintuno, veintiocho, ó más días para curar ó dejar curarse los restantes. (1) Y ¡qué curaciones, señores! curaciones que dejan en cambio en pos de sí tales convalecencias, que parecen largas enfermedades, y á veces lo son efectivamente, rebeldes, incurables y mortales.

Nosotros curamos en breves días, á veces en uno solo, sin molestias y sin peligros, todas las anginas y todas las erisipelas ordinarias y francamente inflamatorias, sin excepcion alguna; y curamos tambien, aunque mas despacio, la gran mayoría de las malignas y gangrenosas.

Ellos no pueden curar las primeras sino á fuerza de tiempo, de sanguijuelas, de sangrías, de cataplasmas, de unturas, de eméticos, de purgantes, y con frecuencia de operaciones cruentas, dolorosas siempre, y á veces peligrosísimas; ni curan las segundas, sino muy raras veces, al través de grandes peligros, de grandes dolores, á costa de sensibles pérdidas, y aun de graves mutilaciones.

Nosotros curamos los reumatismos agudos y crónicos sin sangrías, sin medicamentos contraestimulantes, aventurados y formidables, sin ióduros, sin unturas, ni sinapismos, ni cantaridas, ni baños, ni aguas minerales, ni otros adminículos semejantes.

Ellos necesitan emplear con profusion todos estos y otros medios terapéuticos activos, peligrosos, nocivos y á veces mortíferos, y todo ¿para qué? para dejar á los enfermos como estaban antes de medicarse, sino en situacion todavia peor y mucho mas afflictiva, o para imponerles la pension ánuua de recorrer sucesivamente los establecimientos termales más famosos del reino ó los extranjeros, en busca de un alivio fugaz, que tarde ó temprano se convierte casi siempre en un medio indirecto de cortar en breves años el hilo débil de una triste vida, llena de molestias y agobiada de dolores. De lo cual dan todos los años lamentable testimonio desgracias irreparables ocurridas á numerosos enfermas, victimas de la ligereza de los médicos en aconsejarles empíricamente tan peligrosos remedios; y lo han dado este mismo año hasta tres médicos alopatas nota-

Estos son datos irrecusables que constan en documentos impresos y fehacientes, que no destruyen con palabras, ni se refutan con ridiculos pronósticos, cien veces fallidos, de la muerte próxima de la Homeopatía.

Publiquen otros iguales nuestros adversarios, y entonces tendran algun derecho de contradecirnos.

Seguros estamos de que no lo harán, de que no podrán hacerlo; pues que es de pública y antigua notoriedad que los más felices tratamientos alopáticos de la pulmonía en los hospitales, pierden un enfermo por cada ocho, y los menos suelen contar un muerto de cada dos enfermos, esto es, el cincuenta por ciento.

Es mucho más fácil refutar la Homeopatía con sutilezas metalísicas, con agudezas de ingenio, con chistes, con epigramas y con insultos, que con la observacion severa, con hechos positivos y numerosos, con resultados prácticos, graves y auténticos, no fingidos ni imaginarios.

(1) «Chomel establece que la duracion del mal es ordinariamente de siete á veinte días; es raro que no llegue al primer término o pase del segundo.» (Monneret y Fleury, *Compénd. de med. pract.*, tom. VII, art. *Pneumonic.*)

bles, antiguos y de reconocida reputacion en la corte, fenecidos todos, uno en el mismo establecimiento de las aguas minerales, y los dos restantes poco tiempo despues de haberlas imprudentemente tomado.

Nosotros curamos, y curamos radicalmente las enfermedades sífilíticas con átomos inofensivos de sustancias medicinales; que no dejan rastro alguno de su accion dinámica en el organismo, ni marca de ningun género á consecuencia de las cicatrizaciones inevitables.

Ellos tratan, pero rara vez ó nunca curan de raiz, esas miserias de la humana organizacion y natualeza, y las tratan con dosis considerables de medicamentos profundamente peligrosos y nocivos, internos y externos, mercuriales, iodurados, preparados de oro, y otros tales, que sobre ser verdaderos venenos lentos y persistentes, que las más veces dañan tanto y aun más que las enfermedades mismas, dejan cicatrices y otras señales indelebles, que revelan durante toda la vida los tropiezos de la debilidad humana, y los extravíos de la borrascosa juventud.

Ellos maduran los abscesos ó apostemas con cataplasmas, unturas sanguijuelas y emplastos irritantes; los abren con instrumento punzante, ó punzante y cortante, cuando no emplean la potasa cáustica, la piedra infernal ó el fuego; y los mantienen abiertos con la introduccion diaria, molesta, dolorosa, irritante, de hilas, torundas ó lechinos, etc., para dejar en su lugar y en último resultado cicatrices considerables, profundas, tirantes, incómodas las mas veces, y casi siempre deformes y asquerosas.

Nosotros, ni necesitamos tocar siquiera esos tumores para madurarlos, por voluminosos, por hondos ó por frios que sean; nosotros les combatimos sin aplicarles medicamento alguno exterior, y mucho menos medicamentos irritantes ni destructores; les hacemos abrirse suavemente sin emplear bisturís, ni apostemeras, ni trócares, ni sedales, ni moxas, ni otros tales instrumentos de tortura con que el pobre y anticuado arte alopático necesita acibarar aún los acerbos dolores de los pacientes; los mantenemos abiertos y les hacemos cicatrizarse sólidamente, sin la introduccion de hilas, ni de torundas, ni de lechinos, ni de sedales, y sin otras semejantes aplicaciones incómodas ó dolorosas; y no dejamos por todo vestigio, mas que cicatrices blandas y suaves, las mas veces imperceptibles; y todo por virtud y gracia de la magia blanca de la diminuta botica homeopática.

Ellos, que no saben curar las neurálgias, las combaten inútilmente por los medios mas inconexos y disparatados, sin exceptuar las más crueles operaciones quirúrgicas.

Nosotros, que las curamos casi siempre, con rarísimas y muy justificadas excepciones, no empleamos en todos casos y circunstancias más que la virtud probada y reconocida de la mostacilla homeopática dinamizada.

Ellos no curan jamás, ni una vez siquiera, la tos ferina, ese azote de la infancia, que affige simultánea ó sucesivamente numerosas familias de un mismo pueblo y todos los niños de una misma familia: todo lo más á que se extiende el decantado poder de su impotente

arte, es, á dejar que la cure, cómo y cuando Dios quiere, la provida naturaleza, por medios que ella sola conoce, y sobre todo, por la mudanza de aires y de clima; de suerte que esas pobres criaturas condenadas á padecer enfermedad tan molesta, tan cruel, y no siempre exenta de peligro, pudieran todas desde luego alistarse *a priori* en el último grupo del famoso *Esculapio*, de quien cuenta Zimmerman, que alineaba ordinariamente en cuatro filas los cincuenta ó sesenta enfermos que acudían por las mañanas á su antecámara; y á la primera fila recetaba una sangría, un purgante á la segunda, un clister á la tercera, y á la cuarta la mudanza de aires (1).

Así es, que en manos de esos señores *Esculapios* que tan alto levantan á vuestra vista su pobre terapéutica, la tos ferina suele durar cuando quiera, sus dos, tres, cuatro ó más meses, y marcharse por sí sola, sin saberse por qué se va, ni cómo se va; como se ignora por qué se vino, ni cómo se vino.

Nosotros, señores, en paz sea dicho del Sr. Benavente, y de todo el cortejo de los alópatas de raza pura, curamos, literalmente curamos, esa tos convulsiva con nuestras menudísimas grageas, y la curamos con toda seguridad y sin peligro de ningún género, en diez, veinte ó veinticinco días á lo más, siempre que nos llamen en los primeros días del primer período; y en veinte, treinta ó treinta y cinco cuando empezamos la curación á principios, y aun á mediados del segundo; si vemos alguna vez prolongarse la enfermedad hasta los cuarenta, cincuenta ó sesenta días, ó presenciarnos en rarísimos casos la muerte de un enfermo, es siempre, sin excepción de ningún género, en aquellos miserables infantes que han tenido la fatal desgracia de haber sido debilitados, trastornados, y á veces envenenados (esta es la palabra propia) por las sangrías, las sanguijuelas, los eméticos, los purgantes, el opio, la belladona, el beleño, las formidables ponzoñas vegetales, el ácido prúsico y la veratrina, en fin, esa indigesta y groseramente empírica miscelánea de medicamentos, no se sabe si más peligrosos ó más ridículos unos que otros, con que combate á tuerco ó á derecho, el moderno empirismo alopático, una enfermedad que no conoce, y que nunca ha sido, que no es ahora, y que no llegará á ser en tiempo alguno, capaz de curar, ni aun de modificar favorablemente y con utilidad de los pobres pacientes, y consuelo siquiera de sus desconsoladas familias.

Ellos combaten las cáries y las necrosis de los huesos con la aplicación de tinturas resinosas, tan celebradas como inútiles ó insignificantes, con medicamentos cáusticos, con la legra, el trépano y el hierro candente; todo sin utilidad, sin ventaja ninguna de los pacientes, que pueda compensar tanto dolor, y á las veces tanto peligro; todo sin alcanzar una curación que nunca pudo ni debió haberse esperado razonablemente de medicaciones locales, siempre impotentes para triunfar de enfermedades que dependen de causas internas, de padecimientos constitucionales: ellos acuden, por lo general en último término, y á la desesperada, á la mutilación de las partes, al triste y extremo recurso de las am-

putaciones de los miembros, que cuando menos y en los casos más felices; dejan á los enfermas por toda su vida deformes y estropeados.

Nosotros curamos las cáries; nosotros destruimos las necrosis; nosotros forzamos la naturaleza, la actividad vital y orgánica del paciente, á separar, á desprender á eliminar, á expulsar de lo más profundo de las partes enfermas las esquirlas, los fragmentos de hueso, los *secuestros* privados de vida; y todo ello sin grandes dolores; todo ello sin grandes inflamaciones; todo ello, sin trastornos de ningún género; todo ello sin operaciones quirúrgicas, sin fuego; sin cáusticos, sin hierro, y sobre todo sin mutilación ni amputación de parte alguna, por pequeña ó insignificante que sea; todo ello, en fin, con el único auxilio, tan suave, tan inofensivo como eficaz, enérgico y poderoso, del globulillo de azúcar bañado en agentes dinamizado ultra-microscópicos; de una atenuación incomprensible, incalculable, y que no hay lenguaje en el mundo que tenga palabras para poder expresarla; en fin, de esas sustancias, que á falta de una expresión propia, se llaman impropriamente medicamentos *infinitesimales*.

Así se confirma una vez más, y por una nueva serie grande y maravillosa de fenómenos naturales y salutarísimos, la máxima cierta, incontestable, profundamente filosófica, que nos legara la sabiduría de nuestros mayores; *Nusquam magis quam in minimis tota est rerum natura*, máxima cuya verdad contempla el filósofo en todos los reinos de la naturaleza, y en todos los seres que pueblan los espacios del universo infinito, desde el habitante microscópico que nada y se agita en las infusiones orgánicas en germinación, hasta esos mundos inconmensurables que se revuelven en rotación perpétua en las profundidades celestes, que no tienen más límites que la inmensidad de Dios; máxima que humilla y abate la soberbia del hombre, y hace doblar la cerviz á la primera de las criaturas que viven, ante la eterna sabiduría y la omnipotencia del Supremo Artífice, Rector y Legislador de todo lo creado.

Nosotros curamos á centenares, sin más auxilios que los de nuestros benéficos medicamentos infinitesimales, esos endurecimientos crónicos parciales de las glándulas mamarias, que esos señores bautizan comunmente, y con harta ligereza, con el formidable título de escirros y de cánceres, algunas veces con razón, pero la más, por fortuna, sin fundamento.

Ellos por regla general los condenan todos, ó casi todos, al filo sangriento de su inexorable cuchilla, si, como sucede casi siempre, no ceden pronto á sus remedios curativos, ya á los titulados racionales, ya á los reconocidos por empíricos, inútiles todos, todos impotentes, perjudiciales el mayor número.

Aun en el tratamiento terapéutico de las calenturas intermitentes, en que tanto blasonan ellos del mágico poder de su arte empírico, ¡cuánta apariencia, señores, cuán escatimada realidad en sus jactanciosos triunfos!

Nosotros, es verdad, curamos las calenturas periódicas con suavidad, modestamente, sin estrépito, mediante la influencia dinámica y virtual de nuestros medicamentos etéreos, infinitesimales, adheridos ó inherentes á sustancias inertes, con las cuales toman cuerpo

(1) Zimmerman., *Op. cit.*, tom. I, pág. 180.

y forma objetiva; y oponiendo miasmas saludables y de acción comúnmente transitoria, á miasmas deletéreos y de actividad tenaz y duradera, necesitamos á veces algunas semanas, otras veces solo algunos días, para obtener la curación completa de estas enfermedades: en pocos casos las obtenemos repentinamente.

Ellos, al contrario, administrando cantidades enormes del medicamento anti-periódico, ó anti-típico, según lo llaman con tanta impropiedad como inexactitud; medicamento que en último resultado viene á reducirse casi siempre á la quina ó á la quinina, ya disfraczadas, ó ya á cara descubierta, cortan de repente (cortar es la verdadera palabra, que no curar) las accesiones de estas calenturas, en gran número de casos y circunstancias, y los incautos enfermos pasan en horas, de la agitación ó de la prostración y demás padecimientos febriles, á la calma, al vigor, y al bienestar de la salud real ó aparente.

Estas trasmutaciones de decoracion, verdaderamente escénicas y teatrales, son incontestablemente seductoras y sorprendentes, cuando se obtienen.

Mas en primer lugar no se obtienen siempre, y hay muchas, muy numerosas fiebres intermitentes que no se prestan á la magia química, tan dócilmente como pretenden los maestros de la vieja escuela; muchas, muy numerosas, en que falla de un modo lastimoso é incomprendible para estos señores, la decantada seguridad del específico más infalible, y con más trompetas y atabales cacareado de la medicina alopática.

En segundo lugar, ¡cuán caros compran frecuentemente los desdichados enfermos esos mismos triunfos, las más veces fantasmagóricos, del envejecido y caduco arte!

Quién paga con los tormentos de una intolerable neuralgia el placer de verse libre, como por encanto, de una fiebre, acaso benigna, acaso saludable; que no siempre son las calenturas, ya sean continuas, ó ya intermitentes, movimientos nocivos del organismo, sino que á veces son reacciones útiles, salutíferas, necesarias.

Quien cambia inopinadamente las molestias febriles por dolores, debilidad, temblores y parálisis de los miembros.

Quién contrae lenta é insensiblemente, ó acaso en breve plazo, una dispepsia, una hipocondría, una melancolía, en sustitución á la calentura no curada, pero sí suprimida intempestivamente.

Quién palidece, se abotaga, se infiltra de abundante linfa, ve tristemente levantarse sus hipocondrios y luego llenarse el voluminoso abdómen con un diluvio de serosidades inagotables, que acaban casi siempre por una hidropesía general; cuando la vida no se extingue á consecuencia de una aslaxia, ó de un derrame seroso en las cavidades cerebrales, en las pleuras, ó en la bolsa membranosa del corazón.

Quién recae á cada enfriamiento, á cada indigestion, á cada error en el régimen, y padece la misma enfermedad bajo la misma ó bajo otras diversas formas, por muchos meses, y aun por años enteros, antes de caer en la hidropesía, y antes de sucumbir á los demás padecimientos consecutivos.

Pocos son en verdad los enfermos de calenturas intermitentes que curan radicalmente, sin estrépito, sin padecimientos consecutivos, sin recaídas numerosas y repetidas, ya próximas, ya distintas; cuando aquellas se combaten enérgicamente por las dosis ordinarias del específico infalible y heroico del empirismo antiguo, la quina, la quinina, la cinchonina, ó las confecciones varias de estos terribles y emponzoñados diminutivos de la metralia alopática.

Mas si en lugar de las verdaderas intermitentes, simples ó complicadas, de varias formas, carácter y naturaleza, acometen á los pobres enfermos, como sucede ahora en toda Europa, desde más de tres años á esta parte, esas otras enfermedades epidémicas, febriles ó

infobriles, oscuras, misteriosas, complicadas, parte intermitentes, periódicas ó no periódicas, y parte continuas, que llamamos y llamaremos *hemitripleqs* ó *semi-tercianas*, con permiso de los sabios redactores de *La España Médica*; entonces, ¡Dios nos asista! ¡Desgraciado el paciente que esos señores alópatas toman por su cuenta, si por ventura llegan á apercibirse de la periodicidad ó de la intermitencia de los recargos, agravaciones ó accesiones! Solo un milagro de la Providencia podrá salvarle de las funestas consecuencias del tremendo específico proclamado infalible.

Los jóvenes sabios de *La España Médica*, tan profundos fisiólogos como consumados médicos prácticos, á lo que parece, á pesar de su edad temprana; jóvenes tan aprovechados, y sobre todo tan modestos, que no han tenido reparo en aventurarse á enseñar públicamente las cavidades encefálicas, en donde se suelen formar los hidrocefalos, á su propio maestro, al mismo que algun tiempo les enseñara á ellos á deletrear lo poco que se sabe leer, en las hermosas páginas del magnífico libro del cerebro; pretenden cchar por tierra y suprimir con la terrible palanca de su elocuencia esas intrusas calenturas intermitentes-continuas, continuas-periódicas, semi-tercianas ó hemitripleqs, con que nosotros solemos tropezar hoy día en la práctica, con harta más frecuencia de lo que convendría á la pobre humanidad; y esto á pesar de que ellas no encuentran espacio en donde colocarse á cara descubierta, en los cuadros nosológicos de la escuela alopática contemporánea.

¡Ojalá que pudieran hacerlo de verdad, ellos, ó aquellos por quienes ellos se gobiernan! ¡Ojalá que estos Hércules de nuevo cuño pudiesen arrojar del mundo esos huéspedes perniciosos y mortíferos, como parece quieren arrojarlos de los dominios de la ciencia y del arte!

¡Lástima que estos muchachos sean todavía demasiado jóvenes para saber leer correctamente y con desembarazo, á pesar de sus humos periodísticos, en el gran libro de la naturaleza humana, sana y enferma! Porque como no encontraron bautizadas con sus nombres propios esas intermitentes bastardas ni en el *Gri* solle ni en su *Compendiador español*, ni en el *Fleury* y *Mommet*, ni en el *Trousseau* y *Pidou*; y para esos escritores patrios lo que no está en París no está en el mundo, se reían grandemente como si el asunto fuera para risa y chanzas, (1) cuando leían en un documento grave, oficial y auténtico, que una augusta Infanta de España estaba tocando las puertas de la eternidad, después de haber llevado arrastrado durante muchos meses, con más ó menos transitorias interrupciones, una de esas terribles enfermedades, á pesar de toda la metralia galénica de los remedios heroicos y de los específicos infalibles de la valiente medicina secular, bien y dignamente representada en la régia cámara por altos personajes de la antigua enseñanza médica; y se reían del nombre impuesto á la enfermedad por la vez prime-

(1) Véase el gracioso diálogo entre un maestro y un discípulo, publicado por *La España médica* del 10 de octubre, y escrito en momentos de terrible angustia y conflicto para el corazón de una tierna madre, y de una Reina llena de bondad y excesivamente generosa; en momentos, por otra parte, en que el maestro que *La España* quería herir, no se hubiera podido defender, si hubiese tenido necesidad de hacerlo, si artículos como el de la crónica del 10 mereciesen más contestacion que, ó la compasion ó el desprecio.

A bien que *La España médica* no ha sido sola en usar de un proceder que no necesita calificarse. Más graves personajes de la orgullosa hueste alopática se han visto abrir de su posicion y de la tolerancia de un dócil auditorio, para insultar desde un lugar sagrado al ausente que no podía contestarles.

¡Qué generosidad, qué nobleza de sentimientos la de nuestros adversarios juramentados, los alópatas de pura raza!

ra en el palacio, aun cuando el documento viniese firmado con un nombre á quien han dispensado favor y honra, citándolo con aprecio en sus afamadas obras, las primeras autoridades médicas de la culta Europa, empezando por las de la misma Francia; y se reian y lo celebraban en su periódico, como si se tratara de alguna monstruosidad exótica, venida inopinadamente de la China ó del Japon.

Entre tanto, un error de diagnóstico, gravísimo y de fatales consecuencias, habiendo inducido sin duda á los príncipes de nuestros alópatas á confundir la insidiosa enfermedad con una calentura intermitente legítima, les habia inspirado, por desgracia, otro error terapéutico mas grave y de mas triste trascendencia, y dado margen á la inoportuna é inconveniente propinación á dosis considerables ó alopatías, del remedio por excelencia heroico del arte antiguo, del específico llamado y reputado *infalible* de las calenturas intermitentes, el bi-sulfato y el valerianato de quinina, por la boca y por la via intestinal.

Estos errores deplorables habrian sido, en nuestro juicio, bastantes por si solos para minar profundamente la vida y el organismo de la augusta enferma; pero viniendo, como venian, en pos de otros mas antiguos, y entre ellos de haber considerado un retardo inofensivo y simple en la evolucion de los gérmenes dentarios, efecto, y no causa del raquitismo que acompañaba al hidrocefalo, y de la enfermedad miasmática, como una detencion difícil, laboriosa y morbosa, y por tanto como una de las causas principales de todos los padecimientos pasados, y como la única de los presentes, hicieron radicalmente imposible la curacion de esta gravísima enfermedad, y acrecentaron con nuevos, enérgicos é indomables agentes, las poderosas, las terribles causas de su fin funesto.

Téngase presente sin embargo, para evitar malas inteligencias, falsos conceptos ó torcidas interpretaciones que al estampar en este trabajo literario y á la faz del público ilustrado, estas graves consideraciones de doctrina médica, hablamos y entendemos hablar en el terreno puro y estrictamente científico: que á nadie acusamos; que no queremos de modo alguno acusar á nuestros esclarecidos, si bien obcecados adversarios, ni en su saber y pericia, que somos los primeros en reconocer; ni en sus intenciones y deseos, que á no dudarlo serian los mejores del mundo, ni, finalmente, en su asiduidad ó en su celo, de que tantas pruebas habian hecho en la misma y en otras enfermedades: lo que acusamos, lo que combatimos, lo que altamente reprobamos y condenamos, es esa desdichada ciencia alopatía, ese impotente y fatal arte antiguo y decrepito, que en tales y tan funestos errores induce á sus mas encumbrados profesores, á sus mismas eminencias artísticas, á los mas encopetados médicos alópatas, que representan la misma ciencia y el mismo arte, en la delicada y trascendental asistencia de los monarcas; y no ya solo á los de nuestra España, sino y tambien á los de Portugal (1), á los de Cerdeña y Nápoles; y á

(1) No sabemos aun á ciencia cierta de qué enfermedad habia muerto recientemente S. M. el rey D. Pedro V. de Portugal y su augusto hermano el serenísimo Sr. Infante D. Fernando; pero al leer los pormenores de la autopsia de S. M. Fidelísima, no parece dudosa la naturaleza palúdica de aquella terrible dolencia. Seria tambien esta por ventura alguno de los innumerables *hemitricas* perniciosos que reian epidémicamente hoy dia en los países pantanosos?

Tampoco sabemos, aunque mucho lo sospechamos, si en la curacion de S. M. F. y en la de S. A. R. el Sermo. Sr. infante se habrá empleado alopatíamente el famoso específico *infalible* de las fiebres intermitentes, sobre todo de las intermitentes perniciosas, la quinina, la quina, ó sus preparados, ó bien las sangrias, con que pasó á mejor vida el finado Conde de Cavour, ó ambas remedios heroicos, sucesiva ó simultáneamente. Procuraremos averiguarlo, y lo comunicaremos á nuestros lectores.

los de otros grandes y pequeños estados europeos: lo que hacemos; en fin, es declarar públicamente nuestra opinion científica y facultativa en asunto de tan grave importancia; opinion que estamos dispuestos á sostener en todos los terrenos científicos, y que habríamos sostenido y categóricamente demostrado en lugar mas alto y en ocasión mas solemne, si no hubiese sido entregada la régia enferma por los respetables médicos que estaban encargados de su asistencia, previa la celebracion de una consulta facultativa, segun es costumbre en tales casos y circunstancias, segun era conveniente y podia haber sido necesario, finalmente, segun lo reclamamos nosotras con repeticion en la misma real cámara, como era nuestro deber; pero sin haber podido conseguirlo, á pesar de la altura de todos conocida, que han alcanzado las posiciones oficiales, científicas y sociales respectivas, así las de esos señores como las nuestras, en España y en los países extranjeros.

Dr. JOAQUIN DE HYSERN.

(Se continuará).

A LOS HANHEMANNIANOS.

En el número próximo daremos cuenta y analizaremos detalladamente lo ocurrido en la última junta celebrada por la Sociedad Hanhemanniana Matritense en la noche del 7 con motivo de haber solicitado varios ex-fundadores su reincorporación á la misma.

El objeto que dichos señores se proponian no podia ser mas noble, mas digno, puesto que deseaban la vuelta al seno de la Sociedad para contribuir con lo que sus fuerzas les permitieran, al mayor lustre y progreso de la doctrina. Así lo manifestaban en su solicitud, y en esto se apoyaron para defender

Lo que no dudamos, lo que podremos sin vacilacion afirmar desde luego, sin que de hecho lo sepamos, es que los régios enfermos habrán sido asistidos bajo los auspicios de la medicina racional ó alopatía; porque de haber sido tratados homeopáticamente, no tendria la fama bastantes trompetas, ni nuestros adversarios bastantes pulmones para hacer retumbar el escándalo por todas las cinco partes del mundo. Para la joven homeopatía es delito imperdonable no curarlo todo, absolutamente todo, hasta los enfermos moribundos y agonizantes, hasta las enfermedades que han hecho incurables las mortíferas pócinas del empirismo alopatíco.

Pero la vieja alopatía, que está en posesion veintitres siglos hace del derecho de vida y muerte sobre los hombres y es dueña y señora absoluta de todos los pue-tos oficiales de la ciencia y del arte de curar, no necesita curar los enfermos, por muy altos, por muy poderosos que sean; le basta, para asegurar su reputacion de sabia, previsora y casi infalible, con dar el nombre á las enfermedades, enunciar con solemnidad el diagnóstico, y pronunciar enfáticamente el pronóstico; sobre todo si la autopsia anatómica viene á confirmar en el cadáver los juicios emitidos por los Doctores durante la vida del enfermo, como suele suceder en todos los casos cuando las autopsias se hacen por los mismos médicos, ó bajo su autoridad y delante de personas profanas, que nada ven y nada entienden de aquella especie de linterna mágica que se representa delante de sus ojos espantados. Esta es la ciencia alopatíca; el curar las enfermedades no es rigor para los alopatas la ciencia; es una especie de apéndice accesorio y muy secundario de ella, segun la respetable opinion de graves Doctores, que proclaman altamente la inutilidad y la perpétua insuficiencia de los hechos, para confirmar ó refutar las doctrinas científicas de la medicina secular y de la homeopatía.

En suma, los respetables Doctores que han curado á los Principes lusitanos; los que libraron pocos meses hace al ministro sardo de su mortal coyunda; los que anteriormente condujeron á la eternidad á dos Principes españoles y á una Princesa extranjera, cuyos altos personajes fueron víctimas, probablemente todos, de unas mismas ó de análogas enfermedades, pueden descansar tranquilos sobre sus derrotas. Les basta escribir como Francisco I. despues de la batalla de Pavia: *Tout est perdu hormis l'honneur.*

su entrada, los señores Hysern, Lartiga, Sacristan, Merino, Rodriguez, Juana, Blesa y Carrion, á los que damos las mas sinceras gracias en nombre de los solicitantes.

No podíamos imaginar la resolucion tomada por la mayoría de la Sociedad, compuesta de doce individuos, si tenemos en cuenta la intencion que á los solicitantes guiara al pedir su reincorporacion: pero tampoco puede estrañarnos, si nos hacemos cargo de la manera de ver la cuestion por el patriarca de la mayoría, el que sin duda, se habia figurado que los ex-fundadores le pedirian una cuenta minuciosa de los títulos científicos que le adornan para aspirar al pontificado homeopático, pretension que tantos trabajos y tantos sinsabores le viene costando.

Sin duda alguna, ha querido evitar, por modestia por supuesto, la manifestacion de tales títulos; no haciéndose cargo y mostrándose un tanto desagradecido á los que, con la mas sana intencion, podian proporcionarle una magnífica ocasion de hacerlos constar en los anales de la ciencia de Hahnemann. Esta ha sido, sin duda, la razon que este señor ha tenido en consideracion para poner en movimiento todas sus potencias, ir y venir de aqui para allá; y aunque con mucho trabajo y un tanto cansado, ha conseguido lo que toda su vida homeopática se viene proponiendo: que es dividir los grandes elementos con que hoy cuenta la doctrina hahnemanniana y darse aires de gefe con los menos, ya que no puede absolutamente hacer este papel con todos.

Empero, no respetando nosotros la habitual modestia de este señor, le iremos exhiendo poco á poco en las columnas de EL DEBATE los títulos arriba mencionados, en las que nuestros lectores ya habrán podido ver algunos, si bien no tan brillantes como los que nos falta consignar.

Hé aqui ahora el artículo del reglamento, que los firmantes de la proposicion que dió lugar á la sesion de que nos estamos haciendo cargo querian suprimir ó modificar:

«Art. 83. Todo Sócio que por acuerdo de la Sociedad ó por petición suya sea borrado del registro de Sócios, perderá todos los derechos que tuviese adquiridos, y se le considerará como si no hubiese pertenecido á ella.»

Como observarán nuestros lectores, el artículo no tiene malicia, que digamos, ni es duro ni tiránico; porque carece de estas circunstancias, uno de los socios, fruto agostizo de la homeopatía, tuvo la pretension de que esta ilustre corporacion le ampliara todavía más, puesto que pretendia que los que se hubiesen separado de la sociedad y los que en lo sucesivo lo hiciesen, no pudiesen volver á su seno.

Hace muy bien este señor en no querer la cooperacion de sus compañeros y correligionarios; porque su facundia ha sido siempre tal, que él solo se basta y se sobra para llevar la idea hahnemanniana hasta el último confin del mundo conocido.

Para concluir, diremos, que los pretendientes han sido sócios fundadores de la Hahnemanniana, como puede ver el neófito semi-homeópata, que esta condicion les negaba, en las actas de la Sociedad.

Otro dia seremos más largos.

Á LA ESPAÑA MÉDICA,

Y A LOS MILAGROS HOMEOPÁTICOS DEL SEÑOR TORRES VILLANUEVA.

Nuestro apreciable colega *La España Médica*, se permite aludirnos en un artículo de su *Crónica*, y que con harta desgracia intenta rebatir los brillantes artículos que nuestro querido maestro y amigo D. Joaquin Hysern la ha dirigido, y que nosotros venimos trasladando en las columnas de nuestro periódico.

En dichos artículos, el doctor Hysern combate, como no puede menos, la exageracion con que la escuela alopática viene aplicando los recursos de que dispone la cirugía. Con este motivo, nuestro distinguido cofrade cree ver contradiccion entre lo sustentado por los redactores de EL DEBATE en la Academia Médico-quirúrgica-Matritense, y lo que el señor Hysern dice en los artículos que *La España* tiene el conato de refutar.

Contestando al doctor Mata, que sin meditar lo bastante las obras de Hahnemann, se atrevió á decir «que la Homeopatía no admitia la cirugía,» le replicamos nosotros diciendo, y probándole á la vez con el *Organon* á la vista, que la Homeopatía no rechazaba la cirugía; que lo que hace es limitarla mucho y combatir sus exageraciones; pero de aquí á no admitirla, hay una distancia inmensa. Y lo que digimos en la Academia, que no está en contradiccion con lo dicho por el señor Hysern, lo verán escrito los redactores de *La España* en los extractos de los discursos que allí pronunciamos, y que Dios mediante publicaremos en EL DEBATE, y que tambien deben ver la luz pública en *La España*, como periódico oficial de la mencionada Academia.

Por lo demás, debe tener entendido nuestro ilustrado compañero, que los redactores de EL DEBATE son suficientemente independientes para que nadie les prohiba el emitir sus opiniones con la lealtad y franqueza que acostumbra, siendo siempre la expresion fiel de sus convicciones científicas.

Al señor Torres, autor de los MILAGROS HOMEOPÁTICOS que han principiado á ver la luz pública en el número 314 de *La España Médica*, le diremos: que, por nuestra parte, tiene carta blanca para escribir cuanto quiera, aunque sea mas estupendo todavía que el primer milagro publicado; porque le apreciamos bastante para no intentar jamás inferirle daño de ninún género. Empero queremos hacer constar que no contestaremos al señor Torres; porque, si lo hiciéramos, saldria malisimamente parado de nuestras manos, y somos harto generosos para no abusar de nuestra buena posicion, respecto de dicho señor.

Ya en una ocasion célebre, en la Academia Médico-Quirúrgica-Matritense, le digimos al señor Torres que el que habia apostrofado violentamente á las escuelas alopáticas, renegando completamente de ellas; que el que aplaudió despues la Homeopatía, siendo uno de sus mas decididos partidarios; que el que trata de ridicularizarla despues, aplaudiendo lo que antes silvó, es incompetente para juzgarla ahora, debiendo esperar por lo menos diez ó doce años, para que su opinion valga la pena de tomarse en consideracion. Porque en este tiempo es muy posible que el señor Torres haga ó baile varias contradanzas científicas, y hasta creemos dable que se aficioné á la *galop infernal*, que es el baile con que se despiden, en ciertas reuniones, los discipulos de Tersicore.

No decimos mas al señor Torres.

Por lo no firmado

Z. PEREZ GARCIA.

Editor responsable: DIONISIO S. MARTIN.

MADRID: 1861.
Imprenta de D. Zacarias Soler,
Pelayo, 54.